



ANTIGUA ARCHICOFRADÍA DE LA SANTA VERA+CRUZ, NUESTRO PADRE  
JESÚS NAZARENO 'EL POBRE' Y MARÍA SANTÍSIMA DE LA ESPERANZA

# PREGÓN

de la salida penitencial

JUEVES SANTO

2022

IGNACIO A. CASTILLO RUIZ

IGLESIA CONVENTUAL DE SAN FRANCISCO

SÁBADO, 26 DE MARZO

VÉLEZ - MÁLAGA



*A Lourdes y a Paz,  
mi sostén diario,  
a las que tanto amo  
y sin las que no sería yo*

*A todos los que han hecho de la historia  
de esta antigua archicofradía  
la propia historia de la ciudad de Vélez*

**L**a perspectiva desde ahí arriba, en lo alto de aquella loma, tenía que ser conmovedora. Cientos de personas, quizás miles, se habían congregado en el Cafarnaúm de hace 21 siglos porque querían conocerle. Porque habían oído hablar de Él y de sus prodigios. Porque su vida pública ya era imparable y predicaba maravillas que, con solo oírlas, servían de bálsamo para el alma herida. Poder verle siquiera. Poder rozarle...

Desde lo alto del pequeño monte, el panorama debía ser sobrecogedor. El Señor vería cómo se iban acercando poco a poco. Se sentaban en el suelo, cruzaban las piernas y no apartaban la mirada de su silueta al contraluz. Eran muchísimos, pero guardaban silencio. Con el canto de los jilgueros en los olivos como único murmullo y las olas del mar cercano de Galilea rompiendo en la orilla como telón de fondo, se incorporó con ceremoniosidad una y trina tras dibujar con la yema del dedo en la tierra, que estaba a punto de temblar por la contundencia de sus palabras.

- “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos”.<sup>1</sup>

¿Los pobres? Entre quienes allí estaban y le escuchaban con atención, seguro que muchos eran efectivamente pobres; gentes que carecían de lo mínimo necesario para poder vivir; gentes que habían acudido a escuchar el sermón a la montaña porque sufrían estrecheces y penurias en un contexto geográfico e histórico ciertamente limitado y que sabían, con razón, que Dios quiere que tengamos para comer. Y un lugar digno para vivir. Y que podamos disfrutar de comodidades.

Desde siempre, el ser humano se ha mantenido alerta en la búsqueda constante de la felicidad. Y todo lo que hace gira en torno a este deseo vital. Pero a menudo, desde que el hombre es hombre y la mujer, mujer, se ha confundido que acumular más riqueza y ostentar un mayor poder se deducía en un mayor grado de bienestar.

---

<sup>1</sup> Mt. 5, 3.

Pero... ¿Eran esos los pobres a los que se refería el Señor? Con voz potente, nos descubre que hay otro tipo de pobreza: Los pobres en espíritu. Para quienes su felicidad no reside en el acopio de bienes materiales, sino en sus sentimientos y experiencias. En su fe.

Las bienaventuranzas son tan absolutamente extraordinarias, que tuvieron que salir, en efecto, de la boca del mismísimo Hijo de Dios. Junto al Lago de Tiberiades. Nadie, ninguna persona, ningún evangelista, pudo inventárselas. Mateo tan solo tuvo que ejercer de notario de la verdad, transcribirlas y dejarlas como legado eterno e imperecedero para todos los cristianos. Este discurso es la carta magna de la sabiduría de Jesús, una espada de doble filo que traza como un muro divisorio sobre la humanidad: por un lado, los supuestos pobres, que en realidad son ricos; por el otro, los supuestamente ricos, que en realidad son pobres.

La felicidad, según Dios, es movida, por tanto, por el afecto, la piedad, la ternura, el dolor, la tristeza, el pesar, la delicadeza, la pasión, el cariño, la devoción, la misericordia, el amor... y todas las sensaciones internas que causan bienaventuranza en la persona.

Y por el orden que el mismo Jesús emplea en su decálogo, parece ser que la primera de ellas es condición imprescindible para que las demás puedan hacerse realidad. Por eso, no es casualidad que el Señor la proponga al inicio de su sermón, para que sirva de base firme sobre la que construir una vida grande y hermosa.

Pero, ¿qué es exactamente ser POBRES EN ESPÍRITU?

## SALUTACIÓN Y BIENVENIDA

**F**ray José Antonio Naranjo Oliva, guardián de este Real Convento.  
 Fray Salvador Jiménez Durán, consiliario de la archicofradía.

Paz y bien.

Representante de la Corporación Municipal de esta ciudad de Vélez-Málaga.

Señor presidente de la Agrupación de Cofradías.

Cofrades, amigos...

Mi querida Desi, mi presentadora en esta noche indescriptible. Gracias por aceptar un nuevo atraco a mano armada y por acompañarme en este complicado reto que he asumido. Hace más de 20 años que nos conocemos y con sus altibajos, con temporadas incluso en las que apenas nos vemos (tú y tu manía de irte a vivir a la otra punta de la costa...), cada vez que se produce el reencuentro siento como si no hubiera pasado el tiempo. Puede que en eso consista la verdadera amistad. Sabes que te quiero mucho.

Señor hermano mayor y junta de gobierno de la Antigua Archicofradía de la Santa Vera+Cruz, Nuestro Padre Jesús Nazareno 'El Pobre' y María Santísima de la Esperanza, establecida en este templo de Santiago del convento de San Francisco de Vélez-Málaga.

Querido Alberto. Como bromeé contigo hace apenas unas horas... ¿no me darías un añillo más de margen para acabar el pregón? Hermano. He de darte las gracias por muchas cosas y quiero hacer extensivo este agradecimiento a todos los oficiales de la corporación, porque me habéis permitido presentarme ante vosotros para hablar de vosotros mismos, por darme la oportunidad de conoceros mejor y, con ello, aumentar mi amor y devoción hacia Jesús Nazareno y su Madre de la ESPERANZA. Gracias también por vuestra paciencia, cariño y deferencia al haberme ratificado para este honor hasta en tres oportunidades. La

responsabilidad que asumo, por tanto, ya es triple. En su día me puse en sus manos y lo que aquí está escrito y cómo os lo voy a transmitir depende mucho de cómo me han sabido guiar desde que acepté vuestro ofrecimiento. Han sido años de incógnitas y os confieso que estoy deseando pronunciar este pregón y concluir el ciclo, para cederle el testigo a otro pregonero.

Espero que Ellos me sigan acompañando a partir de ahora sin perderme un instante de vista. Y pido su comprensión y su gracia. Porque no crean que lo que aquí está escrito lleva tres años en un disco duro a la espera de ser impreso y pronunciado. Ni mucho menos. El texto ha sufrido modificaciones numerosísimas. Ha vuelto a ser escrito y actualizado, tres veces, en concreto, aunque solo sea por deformación profesional. Porque nuestro estilo de vida se ha visto en jaque como nunca antes por culpa de un enemigo invisible que ha hecho estragos sanitarios, económicos y sociales, y, que lógicamente, ha repercutido con celo también en el día a día en hermandad. Y para colmo, ahora, la guerra, la demencia instalada en el corazón de Europa que tantos estragos está provocando...

De verdad que han sido tres los pregones escritos. El de 2020, en los albores de una pandemia que aún veíamos lejana mientras asistíamos con admiración cómo en China se levantaban hospitales de campaña en apenas horas, hubiera sido el pregón del **miedo**. El de no saber a qué atenerse ante una situación de alerta global que venía fraguándose, tan excepcional, incierta y desconocida, que estábamos a punto de vivir. Pero con el primer decreto de Estado de Alarma nacional, nuestra actividad cofrade, como la de todos, se vio colegiada y subsidiariamente interrumpida.

Como en la madrugada del Viernes Santo, se hizo el silencio. La tierra, estremecida, tembló, y sus cimientos se resquebrajaron, porque allá, en el horizonte fueron apareciendo miles y millones de los crucificados de la tierra. Mientras nos veíamos constreñidos entre cuatro paredes, llenos de dudas e incógnitas, desde la ventana de casa, en la calle vacía, se veían los naranjos en flor, pero dentro nos tocaba abrazar, como lo hace nuestro Pobre, una nueva cruz inmensa para cargarla sobre nuestro corazón. Una cruz que pesaba como una losa

y que ha terminado por marcar la vida que hasta entonces conocíamos. Sabíamos, no obstante, que cualquiera de nuestras cruces insoportables, antes Cristo las asumió por nosotros. Cargó con nuestros pecados y los llevó hasta el Monte de la Calavera que nosotros, los cofrades, adornamos de lirios de penitencia y le ponemos música de capilla de telón de fondo.

Las procesiones de Semana Santa en 2021 también tuvieron que ser suspendidas por la crisis sanitaria, que por entonces agotaba las dramáticas consecuencias de la tercera ola y los albores del proceso de vacunación con la población más mayor y vulnerable. El de la Cuaresma pasada, por tanto, bien podría haber sido el pregón del **dolor** por tantos enfermos, por tantas pérdidas, por tantas muertes... aunque como cofrades y cristianos seamos afortunados por poder aferrarnos a nuestra fe hasta en el más agostado de los desiertos. Porque sabemos que después de este destierro, nos mostrarás a Jesús, “fruto bendito de tu vientre”.

Por la fe somos miembros de la Iglesia. Por la fe, nos hicimos hermanos de nuestra cofradía. Por la fe nos reunimos en torno a nuestros sagrados titulares. Por la fe les rendimos culto y nos unimos a sus plantas en quinaros, triduos o novenas. Por la fe comulgamos y asumimos la presencia real de Dios en el sagrario en la misa. Por la fe, año tras año, salimos a la calle para manifestarla públicamente. Pero también la fe nos mantiene y alimenta en los momentos más duros y complicados sin ser únicamente meros espectadores de la nada. Y rezamos por quienes padecen y por el alma de los que fallecen, y por sus familias, y por quienes combatieron al virus en primera línea sanitaria sin entonces apenas medios, y por todos los que propiciaron nuestro abastecimiento y servicios básicos, ahora tan incomprendidos.

En Semana Santa, los cofrades estamos habituados a exteriorizar nuestra fe. A compartirla con quienes se agolpan en las aceras y aguardan el paso de interminables filas de nazarenos para reencontrarse con su devoción, a la que rezan durante todo el año en su capilla, al doblar una curva o en la calle más estrecha del itinerario. Este pasado 2021, sin embargo, tocó interiorizar la devoción e ir en su busca dentro de los templos.

Porque la Semana Santa es otra forma de amar. Y cuando llega, aunque sea adaptada a las circunstancias, como el año anterior, se produce el pellizco. Cristo



cambió la muerte en victoria de vida, así que tras esta nuestra cruz, nueva y desconocida, para llegar a vencer como Él y sentir la vida y la salud como triunfo sobre el mal invisible, nos queda la ESPERANZA. Porque los cristianos sabemos bien que tras el Calvario aguarda la Gloria, y también equiparamos esa creencia cuando vemos que las cofradías vuelven a su espacio natural, la calle, con toda la normalidad que la situación sanitaria permite. Por eso ahora, aún con la herencia pandémica latente, este pregón de 2022 que aquí nos congrega ha de ser, más que nunca, si cabe, el pregón de la **ESPERANZA**.

Si es que ya estamos ilusionados por que vuelva a amanecer el Domingo de Ramos de la impaciencia. De los nervios y la algarabía para recibir al Señor en su triunfal entrada por la puerta grande cofrade. Se abrirá un año más el telón y las palmas, caprichosas, se arremolinarán y anunciarán el mejor de los principios. La Pollinica saldrá a la calle y con ella, la Semana Santa en una primera tarde en el que el sol baña las sonrisas. ¿Lo veis? ¿Lo podéis ver? ¿No sentís el cosquilleo? Miraos: Si ya estamos sonriendo y estos semblantes de alegría no hay mascarillas que sean capaces de ocultarlos.

Como os he explicado, queridos cofrades, el pregón ha ido evolucionando con el tiempo. Y este pregonero tampoco es el mismo. A mí también me han pasado muchas cosas desde el pasado mes de diciembre de 2019, cuando aquí mismo, tuve ocasión de acompañaros coincidiendo con los cultos en honor de nuestra Virgen de la ESPERANZA, y me hicisteis entrega de estas pastas que hoy custodian este pregón y este jarrillo de lata, con el que refrescaré mi voz.

«Estar cansado tiene plumas, tiene plumas graciosas como un loro». Lo escribió Luis Cernuda. Durante el último año tocó perder, ganar incluso a veces, acertar, fallar, llorar, reír, viajar, hasta guardar cuarentenas al final, escribir, leer, repasar mentalmente y hacer propósito de enmienda, amar, superar desengaños y cerrar heridas, poner el corazón, rezar, gestionar la indiferencia, hacer mudanza, cuidar, sanar, trabajar mucho, pero mucho, celebrar una nueva vida y que juntos seguimos, al menos, los que de verdad importan... pero sobre todo, APRENDÍ como nunca, del género humano y de la grey ““cofrade””, con todas las comillas que se le puedan aplicar a un término que, en ocasiones, usamos con demasiada

frecuencia para referirnos a personas que no lo son ni pueden serlo, bajo ningún concepto.

Estaba preparado para los necios, pero no para los viles. Cuánto rey de lo pequeño hay en las cofradías. Cuánto silencioso vengativo. Uno nunca sabe de quién huir o a quién abrazarse. Tironeros emocionales profesionales. Encantadores de serpientes.

¿Y lo que quema la responsabilidad y el servicio? Normal que cada vez seamos más los que queramos refugiarnos en el calor de la intrascendencia. En el no dar un ruido. Entre la sedosa alambrada del hogar.

Paradójicamente, a veces poco espacio queda para lo sublime en este mundo tan sublime. Nos agarramos a la inmediatez y a lo efímero del cargo como a esa estampita que te regala un monaguillo en la procesión. ¿Qué hacer ante la envidia, los odios blandos o a las arbitrarias exclusiones?

Miro alrededor y a muchos de los que hasta hace poco tenía por adjuntos, ahora los siento como cáscaras de castañas: huecas y espinosas. No quiero que parezca que estoy enfadado, es solo tristeza. Impotencia. Quiero mantenerme firme, pero admito que me tiemblan las piernas.

Como leí: “La vida nos cambia siempre, en cada paso que damos, en cada herida, en cada sonrisa, en cada abrazo. Somos cicatriz y también huella. Mueren partes nuestras, nacen otras, gente que creía conocernos hoy solo sabe nuestro nombre y nada más. (Pero) Brotaron flores en cada espina. Nuestros ojos cuentan nuestra historia y nuestra manera de amar habla de cuánto honramos a nuestro corazón. Transformarse, brillar, volar, mandarse a la vida como si durara un día, y amar como si el aire no nos fuera a faltar nunca”.<sup>2</sup>

De forma habitual, mis pies tocan el suelo, en un pragmatismo idealizado y optimista. Suena el despertador, me pongo en pie y no sin cierta dificultad, o

---

<sup>2</sup> Octava nube latitud norte

mejor dicho, bastante, camino. “Compro mapas, hago planes, mido distancias...” Ando... Demasiadas veces voy en brazos de la prisa y la rutina me deja arrastrar y me lleva. Pero siempre he sabido descubrir atajos para no perder el tiempo<sup>3</sup>. De un tiempo a esta parte, prefiero el sosiego. Me apetecen los caminos aún no cartografiados. Las cofradías son más amables en la distancia. Y he descubierto que tengo alas y que sé volar otros cielos. Pero mantengo encendida la llama de mi fe y no pierdo la ESPERANZA en este mundo. Porque aún soy capaz de asombrarme ante el cimbreo de un palio y, al fin y al cabo, lo mejor de mi vida me ha pasado en las cofradías, en las que heredé devoción, sembré y cultivé la amistad, conocí el amor y he educado a mi hija durante sus primeros años. Por eso hoy me mantengo intrépido ante este atril, sin desistir de mi cometido y sin renunciar de ser cofrade, aunque haya veces que me cueste más que otras. Por eso, lleno de ESPERANZA vengo a hablaros de la ESPERANZA.

Acostumbrado estoy, por mi profesión, a escribir a diario. A hacer uso y abuso del lenguaje. Y por exceso, a cometer imprecisiones en las que las prisas por convertir la noticia en primicia contribuyen de manera decisiva.

Antes lo que escribía eran columnas y más columnas en las que tenía que cambiar equis o frases en latín por palabras que, unidas, llegaran a tener sentido en el papel. Ahora, en la era digital, ahora que ya hay quien, sin pudor alguno, prepara las exequias de la prensa escrita y hasta lo celebra, ahora que la profesión ha tenido que actualizarse a marchas forzadas, quizás precipitadamente y sin terminar de dar en el clavo ante la irrupción desmesurada de las nuevas tecnologías, ahora lo que hago es básicamente lo mismo, pero en una pantalla y adaptado a los códigos multimedia, a la dictadura que nos impone el algoritmo de Google, para que los lectores en vez de comprar la información, naveguen por ella. Si lo digital es el futuro, puede decirse sin temor a equivocación posible, que yo ya estoy de lleno en él, sin necesidad de condensador de Fluzo alguno.

Las claves periodísticas siguen siendo las mismas, en todo caso: la objetividad, el sentido común y el compromiso con la verdad.

---

<sup>3</sup> MEDINA, ANA MARÍA.

Hay quienes no ven en los periodistas una utilidad aparente. Lo admito. Es cierto que la mayoría no sabemos construir casas, comprobar los amortiguadores del coche, resolver pleitos o arreglar un grifo. Seguramente, los caníbales nos comerían sin remordimiento alguno. Sé de algunos compañeros que ni siquiera saben hacerse el nudo de la corbata...

Pero nuestros desvelos se siembran en otros lugares, en ocasiones en terrenos movedizos. Nuestra misión es publicar informaciones creíbles y ajustadas a la verdad objetiva. Hoy, gracias a esas tecnologías de la información y la comunicación a las que antes aludía, deberíamos estar más y mejor informados que nunca. Sin embargo, la extensión de noticias falsas ha encontrado su ecosistema ideal en internet y en las redes sociales.

Y me gustaría decir que las redes sociales no son medios de comunicación. Los medios de comunicación nos hacemos cargo de nuestras informaciones, respondemos de nuestro trabajo ante los demás. En un contexto donde la inmediatez se impone por encima de los códigos deontológicos, el periodismo se hace imprescindible, porque es un mecanismo de control que asegura que las informaciones se ciñen a los hechos. Por eso, hoy más que nunca necesitamos a profesionales que ofrezcan contenidos verificados y contextualizados.

Puede que ahora los caníbales se lo replanteen, ¿verdad?

En definitiva, y perdón por el circunloquio reivindicativo de la profesión, de paso, pese a este hábito de escribir que tengo desde la edad escolar y que he convertido en el modo de ganarme la vida, pese a mi dedicación por utilizar el lenguaje claro, conciso y correcto desde que soy periodista hace ya casi 25 años... qué complicada misión me habéis encomendado esta noche aquí, cofrades. Qué difícil ha sido y cuánto respeto y consideración enfrentarse al vacío del folio en blanco. Tan blanco e inmaculado y puro como Ella, la Siempre Virgen. Pero la ocasión lo merecía: vengo de forastero a manifestaros mi amor por el Pobre y la ESPERANZA.

Nunca puse en duda mi capacidad de poder escribir o hablar de la Virgen durante horas. Creo que soy mariano congénito y que por mis venas corre sangre de color malva impulsada por un corazón que no late, sino que dice sigiloso y rítmico (o al menos eso espero, a pesar de que hoy lo hace con más ímpetu si cabe por los nervios): Trinidad, Trinidad, Trinidad...

Sin embargo, hoy ante vosotros, en este templo de San Francisco, me confieso pobre de espíritu, alguien que confía completamente en Dios y que deposita toda su fe en sus manos, así como lo que hoy aquí diga para exaltar a la imagen de su Cristo Nazareno y de la Santísima Virgen, su Madre de la ESPERANZA. Él sabe dar y, si quita, es para hacer más espacio a sus dones en nuestra vida.

Porque, qué atrevimiento el mío, además, plantearme si quiera hablaros a vosotros de vosotros mismos, de lo que más queréis, de lo que reside en lo más profundo de vuestra alma y en vuestras emociones más puras. Como vivimos esperando, mi ESPERANZA está hoy depositada a sus divinas plantas, y lo que espero es estar a la altura de tan sobresaliente institución, de la confianza que me habéis otorgado y revalidado por tres veces, e igualmente, espero la benevolencia de tan insigne asamblea cofradiera.

### **¿QUÉ ES SER POBRES EN ESPÍRITU?**

**N**os preguntábamos hace tan solo unos minutos, ¿qué es ser pobres en espíritu? La vida nos impele a buscar un remedio a los males de nuestra condición humana, como hace siglos, un impulso irrefrenable empujó a una mujer a encontrarlo en Jesús Nazareno, como nos describe Lucas en su Evangelio [Lc. 8, 41-48]. Hoy, como entonces, seguimos buscando la salud del cuerpo que habitamos para estar sanos del alma y el espíritu. Cualquiera de nosotros sigue teniendo la misma aspiración, una vida normal cerca de los nuestros y lejos de la enfermedad, del dolor, de la lacra del mal que nos convierte en parias de nuestra sociedad y que nos haga esclavos de una medicación extenuante. Ciencia y creencia son compatibles. La erudición deja a veces

preguntas en suspenso y es la fe la que se encarga de responderlas a través de la doctrina.

Aquella mujer, hemorroisa de hace dos mil años, ansiaba exactamente lo mismo. Algo le decía que aquel hombre de mirada dulce al que todos otorgaban el poder de curación era la respuesta. Apenas acariciar su túnica sería suficiente para que su cuerpo dejara de sangrar, y con ello, su alma se tornaría limpia y, entonces solo entonces, su vida volvería a la felicidad de una normalidad antaño perdida<sup>4</sup>.

Aquella mujer puede ser cualquiera de las que en la actualidad siguen acudiendo a la convocatoria diaria de nuestros sagrados titulares en sus templos o cada año en Semana Santa. Sus ojos vienen buscando ver a Jesús entre la multitud que se agolpa en las calles en cualquier punto de su recorrido del Jueves Santo. Ojos tristes de soledad, quizás, puede que incluso de vergüenza, pero que brillan de ESPERANZA. Son tantas mujeres, tantas personas, las que pueden verse identificadas con aquella que rozó la túnica de Cristo cuando seguía a Jairo... Gentes anónimas, de Capuchinos o de otros barrios. De Vélez-Málaga o de otras ciudades o provincias. De aquí o de allí. Inmigrantes, extranjeros... Mujeres que saben bien lo que es estirar 30 euros incluso ahora que la inflación ha puesto por las nubes el precio de la cesta de la compra.

Son personas que construyen, que conocen, que quieren, que aman, que cuidan de los suyos, que son felices, que sufren... Son los últimos, son esos pobres de espíritu al que se refería el Señor en la montaña, que, en el Reino de Dios, serán los primeros.

Por eso Cristo nota esa presencia, percibe que alguien le ha tocado de una manera especial. Una mano ajada le ha alcanzado en medio de la muchedumbre mientras los apóstoles se empeñaban por abrirle paso y atravesar todo el gentío que le zarandeaba de un lado a otro. Y con solo rozarlo, por su fe, se salvó. Con eso fue suficiente. Con eso, cofrades, sigue siendo suficiente.

---

<sup>4</sup> CASTILLO RUIZ, I. A. "Presentación del Paño de la Santa Mujer Verónica 2018", archicofradía del Socorro, Antequera.

El valor de la piedad popular consiste muchas veces en lo cotidiano, en lo pequeño. Una cosa es la grandilocuencia de la manifestación barroca que hemos recibido como herencia y otra es saber adaptar este lenguaje a la época que nos ha tocado vivir, haciendo cercana la devoción. Siendo auténticos con ella.

Seguramente, antes de ver al Señor, esa mujer habría aceptado su enfermedad poniéndose en manos de Dios. Como ocurre ahora. La fe, como clavo ardiendo al que agarrarse. Esta capilla donde reciben culto nuestras imágenes es también ese lugar a donde uno acude cuando no sabe otro sitio a dónde ir. Ella estaba convencida de que en Cristo iba a encontrar la solución que tanto deseaba. De ese modo, sin grandes discursos, simplemente confiando en Dios, logra arrancar del Nazareno la fuerza que le cura de sus males. Porque Él es su última ESPERANZA. Cristo, el Pobre, es nuestra ESPERANZA.

La pobreza de espíritu significa también estar dispuesto a perderlo todo para ganar lo que verdaderamente vale la pena. Llegar a ser pobres para que Dios nos haga ricos. Fijaos cómo el mismo Dios, que lo era todo, se hizo nada para darnoslo todo a nosotros, los hombres, que sí que no somos nada, aunque no nos entre en la cabeza y nuestros egos nos conduzcan a sentirnos encantados de conocernos y a tener un concepto de nosotros mismos habitualmente mucho más elevado de lo que se corresponde con la realidad.

Cofrades. El Nuevo Testamento manifiesta que la mayor riqueza proviene de nuestro interior, porque la felicidad no depende de las circunstancias exteriores sino de nuestro fuero interno. Entonces, los pobres de espíritu serían los que se han convencido de su necesidad espiritual, quebrantan el orgullo, y comienzan a clamar desde el fondo de su corazón contrito que no tienen nada y que todo, absolutamente todo, se lo deben a Dios. Todo se lo debemos a nuestro Señor Nazareno.

Son bienaventurados los pobres de espíritu porque con humildad reconocen sus flaquezas y aceptan la ayuda de Dios.

Dios alimenta y hace bienaventurados a los pobres en espíritu llenándolos de su gracia en la vida terrenal y a futuro disfrutarán de los dones preciados porque de ellos será el Reino de los Cielos.

Si somos capaces de entender esto, queridos cofrades, también comprenderemos la verdad contenida en las canciones de los poetas y proclamada como el conocimiento supremo por tantos pensadores: el amor es la meta última y más alta a la que puede aspirar el hombre<sup>5</sup>. Pero el Amor con mayúsculas, no un simple amor romántico, de balada agónica y lacrimógena o de telenovela turca de sobremesa de tramas cruzadas y nudos interminables. La salvación del hombre consiste en el Amor y pasa por el Amor. Ya lo dijo San Pablo a los Corintios en una carta que suele leerse en la mayoría de las bodas a las que asistimos, que oímos con emoción, pero que puede que no terminemos de escuchar.

Solo de este modo, un hombre o una mujer despojados de todo todavía pueden conocer la felicidad. Incluso en un estado de desolación absoluta, cuando ya no cabe expresarse mediante una acción positiva, cuando el único logro posible consiste en soportar dignamente el sufrimiento, el ser humano es capaz de realizarse en la contemplación amorosa de la imagen a la que venera, porque en ella está el mismo Cristo Nazareno que lleva su cruz a cuestas y que se sacrificó por ese amor que nos salvó.

Ahí está la clave para entender muchas cosas, me parece.

Queremos ver a nuestros titulares. Queremos pedirles, queremos hablarles, queremos decirles... Y, sin embargo, qué poco les escuchamos a Ellos. Y no paran de decirnos cosas. Pero no son las cosas que nos conviene que nos digan. Son Ellos los que, en realidad, no apartan su mirada de nosotros.

En este mundo cofrade corremos el riesgo de fagotizarnos de pura endogamia. Somos antropófagos, depredadores del prójimo. ¿Dónde queda el amor? Tanta política, tantas campañas, tanta burocracia, tantos codazos, tanto trepa, tantas

---

<sup>5</sup> FRANKL, V. *El hombre en busca de sentido*. Edit. Herder, p. 69.



leyes... están haciendo que a menudo nos olvidemos hasta de cómo huele el incienso. Nos hacen olvidar por qué y para qué estamos en esto. Por qué y para qué regalamos nuestro tiempo y se lo restamos a nuestras obligaciones profesionales y familiares. Nos hacen olvidar la devoción que nos une. Nos hacen olvidar que, por encima de todo, somos hermanos...

A veces llega el momento en que el alma necesita desintoxicarse y lo único que desea es volver a disfrutar de lo que significa ser COFRADE. Y hoy me estáis regalando un momento bello que me hacía mucha falta.

### **CREDO COFRADIERO DE VÉLEZ**

**P**arafraseando a Golpes Bajos, y perdón si alguien se siente aludido, vivimos malos tiempos para la lírica. Y a veces, en las cofradías, nos empeñamos con nuestra conducta en cargar de razones a los descreídos. Que vivir en hermandad no es una cuestión de depredadores y presas. Que el pez grande no ha de comerse al chico, sencillamente porque todos somos igual de grandes, o, mejor dicho, igual de pequeños, ante la inmensidad de Dios.

Como si no tuviéramos ya bastante con lo que pasa fuera para reproducir dentro los mismos esquemas que esclavizan al mundo. Tenemos una oportunidad de ser transformadores y transgresores que no deberíamos pasar por alto.

Aunque las hermandades no son laboratorios inmunes a lo que ocurre en el exterior. El coronavirus nos lo ha dejado más claro que nunca. Esta sociedad es cada vez más ajena a nuestras creencias y rechaza, por sistema, todo lo que huele a sacristía. Solo hay que darse una vuelta por las redes sociales para darse cuenta de la superioridad moral de una parte, de la exigencia de respeto a los ideales e ideologías y de la falta de decoro que, en líneas generales, se tiene con los cristianos.

Estamos en una época en la que la estupidez arraiga y se muestra fértil. Las corrientes laicistas son tan atrevidas que proponen la creación de bautizos sin pila

ni agua bendita. O de primeras comuniones sin eucaristía. O hablan, como el CIS, de montar belenes laicos, de celebrar una Natividad sin nacimiento de Dios, pero con muchas luces y abetos, como si los árboles de Navidad no tuvieran una raíz cristiana. Ay San Bonifacio...

Es decir, para estos movimientos secularizados ya no solo es suficiente con acabar con la religiosidad, sino que lo que pretenden es ocupar su lugar. Indiscutiblemente, el mundo gira. Pero tantas vueltas han debido provocar más de un mareo.

Verán ustedes, que yo particularmente entiendo que en esta sociedad aconfesional y en muchos casos atea y recelosa de la Iglesia, no se puede legislar ni mucho menos a golpe de Catecismo. Y también comprendo que es necesario que se aprueben leyes que regulen o limiten, y considero que lo que yo no esté dispuesto a hacer no significa que otro no lo pueda, no lo deba o no lo vaya a hacer.

Por supuesto, existen debates tan sumamente complejos que superan el ámbito estrictamente religioso. En ellos entran en juego la filosofía, la política, la moral, el derecho, la salud, la vida y la muerte. Pero hay personas que dicen creer, y, sin ánimo de juzgarlas, no sé exactamente dónde sitúan a Dios en sus vidas. ¿Qué lugar ocupan el Señor y la Virgen? ¿O sólo les interesa la calidad de la mantilla que la cubre? ¿La riqueza de los bordados de la túnica que lo reviste? ¿El preciosismo del metal que los corona? ¿La valentía de la talla o la minuciosidad del cincelado sobre los que procesionan? ¿O la exquisitez de la marcha que los acompaña? Porque luego, por algunas de sus actitudes y declaraciones, no tienen en cuenta su ejemplo. Ni el valor de sus enseñanzas.

No hay que ser temerosos de Dios, porque Dios es Amor. Pero muchos parece que han malinterpretado esta bondad divina para actuar sin límites y sin ser consecuentes con lo que en teoría creen, o aseguran creer. No hay que ser bondadosos y amar al prójimo como a uno mismo como requisito indispensable para ganarnos un rinconcito en el Cielo, creo yo, sino como respuesta agradecida, precisamente, a lo bueno que es Dios con nosotros, que nos quiere y nos ama no

por nuestras virtudes, sino principalmente, por nuestros defectos. ¡Qué cosa más grande!

Deberíamos, ya no solo aprendernos y rezar a la carrerilla el Credo en misa, sino pararnos a pensar en la profundidad teológica de lo que manifestamos, sino grabárnoslo a fuego en la piel, para que permanezca de manera indeleble e inalterable.

O nuestro credo cofradiero, que en esta ciudad de Vélez bien podría ser:

Creemos que existe un solo Dios verdadero, omnipresente y omnipotente, que creó cielos y tierra, que eligió a Santa María para convertirla en su primer sagrario. Creemos que, siendo predestinada, Pura y Limpia en su Concepción, actuó con valentía y sin condiciones, consciente de sus actos y en plena libertad, se ofreció con docilidad al Espíritu y tuvo en su seno a Nuestro Señor, Jesús, que se hizo hombre desvalido y necesitado y que asumió esta naturaleza para redimir los pecados del mundo. Creemos que Cristo es el Mesías que se dejó hacer preso en su Humildad, sufrió y padeció martirio de latigazos en San Juan Bautista, cargó con su cruz que son las nuestras y subió al Calvario de Las Tiendas hasta morir en la cruz, abrazándonos en un Mar horizontal en el que cabemos todos, que fue descendido del madero y acunado en los tiernos brazos de la Virgen de las Angustias para resucitar en la misma collación a los tres días en cuerpo y alma al Paraíso que todos aguardamos. Y conmemoramos esta Pasión y Resurrección con la luna de Nisán, llena y redonda como la piel tensada para el firme redoble. Y creamos imágenes sagradas que rememoran estos misterios y los fieles analfabetos aprendieron qué contenían los libros santos sin saber leer. Y le ofrecimos el mejor trono como altar itinerante para manifestar esta creencia y el mejor palio para abrigar este dolor superior. Y consagramos nuestros hombros para marcar la medida, y revestimos el hábito para iluminar su camino. Escribimos marchas procesionales y concebimos un género: la corneta y el tambor. Y superamos crisis grandes, medianas y pequeñas, y nos sobrepusimos a quemas, profanaciones, guerras y pandemias. Inventamos dimensiones desconocidas y que son seña de identidad, la bendición en la plaza de Capuchinos,

una túnica blanca liviana y ligera, la campana para dar las órdenes y la voz del capataz.

Si hemos sido capaces de todo esto. ¿Cómo no vamos a ser capaces de proteger lo que más nos importa: la Semana Santa, las cofradías y nuestros sagrados titulares?

Aprendamos los cofrades que somos Iglesia y la Iglesia aprenda a confiar en nosotros, avanzadilla de la fe que se anuncia sin vergüenza y canalizadores de la religiosidad popular. Y ya pueden venir tiempos difíciles que, si mantenemos esta identidad y nuestra devoción, no hay por qué tener miedo. Ya pueden acceder al poder gobiernos rojos, azules o verde pistacho. Ya pueden hablarnos de modelos alternativos en una coyuntura específica en la que la familia atraviesa momentos críticos, ya pretenderán desacralizar los ritos para convertirlos en simples verbenas laicas, ya podrán manipular y tergiversar nuestro mensaje de Salvación y mandarnos a representarlo en privado, contradiciendo nuestra esencia cristiana de anunciar la buena noticia. Ya podrá haber escasez en la demanda para completar las filas nazarenas y podrán quedarse huecos en los varales. Ya querrán acallar la voz de nuestras cornetas y enmascarar su quejío de tradición con sonómetros inmisericordes, ya procurarán desacreditar nuestra expresión pública de fe porque cualquier manifestación goza de mayor reconocimiento, ya podrán burlarse de nuestras creencias más profundas ahora que el respeto brilla por su ausencia y que la democracia y la tolerancia sólo se atribuyen a unas determinadas ideologías. Ya podrán convertirnos en el blanco fácil de las críticas más hirientes... que si conservamos y acrecentamos el orgullo que significa ser los herederos de este acervo con más de cinco siglos de historia, jamás lograrán que desaparezca nuestra celebración pasionista ni el anuncio jubiloso de la Resurrección, por las calles de Vélez.

Seamos los cofrades vanguardia de la Iglesia viva, sin resignarnos ante los intentos, cada vez más entusiastas, de relegar nuestra cultura, inherente a esta tierra, al interior de las parroquias. Porque la democracia debe ser para todos, también para los católicos. Y el respeto a las ideas debe ser pilar en el que se fundamente la sociedad, pero también hacia las ideas y devociones religiosas. Y

que poder manifestarse es un derecho que ampara la Constitución... pero también manifestar públicamente las creencias, a través de las procesiones de Semana Santa o Gloria.

Seamos los cofrades ese vehículo eficaz de comunicación en un mundo que no cree, aunque aparecen quiromantes, echadores de cartas y adivinadores de todo tipo para gentes crédulas más que incrédulas y conectores con los espíritus y adoradores de todos los dioses menores, desde el sexo hasta el triunfo del ego, pasando por el consumo desaforado y, donde, sin embargo, la Iglesia fundada por Pedro según el encargo del propio Cristo, pierde seguidores, aunque no duden de la existencia de Dios.

Las cofradías aquí también tenemos un importante papel que jugar. Y lo venimos haciendo desde hace mucho, dado que somos puente que conecta a muchos agnósticos con la religiosidad, aunque sólo sea un poquito, aunque sólo sea por unas horas, aunque sólo sea un instante al paso de un Cristo afligido por una plaza o de una dolorosa que llora sin consuelo bajo palio. Eso ya tiene un valor incalculable.

Imaginaos entonces cuánto valor no tendrán todas las genuflexiones realizadas en este antiguo convento, ante cualquier de sus capillas. Ante la del Pobre y la ESPERANZA, sin ir más lejos, piedra angular de la religiosidad popular veleña desde el siglo XVI. Lugar de paso diario junto al mercado de San Francisco y un ir y venir constante de carritos de la compra y de rezos.

## COFRADÍAS EN LA PANDEMIA

**L**levamos sufridos dos años dramáticos, plagados de malas noticias y de acontecimientos difíciles de encajar ante una pandemia global que nos obligó a modificar de un día para otro nuestra forma de vivir, de sentir y de relacionarnos. El coronavirus no solo ha traído consigo una crisis sanitaria, también otra, puede que incluso más duradera en el tiempo, de carácter social y económico. Hemos sufrido encierros, nos hemos visto apartados de nuestras

rutinas, padecido el aislamiento de quienes más queremos, sufrido la enfermedad, la propia y del prójimo, que por desgracia no volverá a ser el de antes, cuando no, hemos llorado su triste muerte y encima desde la distancia... hay quien ha perdido el trabajo, quien, de repente, pasa hambre y necesidad, y quien ha visto aún más agravada su ya de por sí complicada situación de vulnerabilidad. Ahí también han estado las cofradías, sensibles con la coyuntura que les ha tocado vivir.

Dijeron que de esta saldríamos mejores y, a estas alturas, cuesta creerlo. Dijeron que tomaríamos nota y aprenderíamos de los errores cometidos y, no obstante, vemos cómo estos se han repetido en forma de segunda, tercera, cuarta, quinta y sexta ola... Lo más grave aún es que algunos todavía de manera consciente e irresponsable, piensan que pueden burlar al virus y que el mundo conspira en su contra. Dijeron que seríamos más generosos y, por el contrario, quizás seamos más hedonistas provocado, en parte, por la ausencia de contacto. Los problemas se suceden, son complejos y de difícil solución, y haría falta un mínimo de consenso y voluntad política para afrontarlos...

También dijeron que cuando todo esto acabara, cambiaríamos nuestros hábitos insostenibles que nos impone esta sociedad de lo efímero, las precipitaciones, la ambición y la codicia. Que nos amaríamos más, decían, como desea el Señor. Que seríamos más comprensivos, practicaríamos más la empatía y seríamos más solidarios unos con otros. Con nuestros errores y nuestros aciertos. Con nuestros defectos y nuestras virtudes. Como nos quiere Dios.

¡Ay mi Señor! Puede que le pidiésemos demasiado a los simples mortales. Cristo nos conoce y lo sabe y nos invita a continuar nuestro proceso de crecimiento en la fe, la ESPERANZA y el amor cristiano. Estamos siempre en camino; no somos perfectos y no hemos alcanzado la madurez ni como personas ni como hijos de Dios. Todas las cosas que distorsionan su imagen en nosotros deben ser purificadas; todo aquello que nos aparta de la verdadera vida divina, debe ser limpiado; todos los factores de muerte, que anidan en nuestra vida y nos desvían del seguimiento del Señor, deben ser removidos. Permanecer en el Nazareno, permanecer en el Pobre, no es una actitud pasiva o un simple abandono sin consecuencias en la vida cotidiana; sino que exige un compromiso.

Y con todo, pese a las dificultades económicas, la irracional invasión de Ucrania y la enfermedad que nos azotan, el Señor nos pide que estemos alegres. Que lo estemos siempre. Y, sin duda hay motivos para ello. Porque Dios está cerca y nos trae la vida eterna. Por eso nuestro gozo ha de ser puro y legítimo, incluso en las peores circunstancias. Porque la espera confiada en el Señor, como dice el Papa Francisco, «permite encontrar consuelo y valentía en los momentos oscuros de la existencia».

Vayamos ahora a otra mujer del Evangelio [Lc. 7, 36-50] porque es fascinante cómo el Señor suele ponernos a la mujer de referencia y ejemplo. Ella ungió con sus lágrimas los pies de Cristo en la casa del fariseo. Ella es también pobre en espíritu, que se humilla ante Él y acepta su voluntad. En ocasiones, acudimos a nuestros sagrados titulares exigiendo soluciones a nuestros problemas. O les pretendemos someter a chantajes emocionales en vez de recogernos en la oración y encomendarnos a sus milagros.

Establezcamos el paralelismo y pongámonos en el lugar de aquella. Con seguridad, habría oído hablar de Jesús. Le habría escuchado predicar y afirmar que la base de la convivencia ha de residir en el amor (porque el amor es la única sutura válida para cerrar las heridas del alma y la convivencia). Que Dios es tan bueno que no nos perdona una vez, sino siempre. A pesar de nuestros infinitos errores.

Esas palabras tuvieron que llegar hasta el fondo de su corazón y sus entrañas, y saltándose todos los prejuicios sociales se adentró en casa de Simón a expresar su cariño a Jesús, y no encontró otra manera mejor de demostrárselo que regándole los pies con sus lágrimas de arrepentimiento, y ungirlos con sus cabellos y con un perfume.

Otra cualidad de esa mujer, como la de la mayoría de los devotos del Pobre y la ESPERANZA, es su discreción y aparente invisibilidad. La mujer representa a los devotos sencillos de hoy, los que se muestran dóciles, los que se ponen detrás de una reja y se aferran a ella, o se mantienen implorantes a los pies de una hornacina, los que dan lo mejor que tienen puede que incluso aunque no lo

tengan, y que ven a Dios y a su Madre a través de las imágenes. No sabemos si aquella mujer que describe Lucas tenía obras buenas a su favor, ni méritos que cambiasen su situación frente a Dios. Pero creyó en el Señor, confió en Cristo y pidió perdón. Y Jesús la perdonó. Un nuevo ejemplo de pobreza en espíritu. De ellos es el Reino de los Cielos. Porque el que se humilla será enaltecido. Porque, “quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” [Mc. 9, 35].

Y el Señor es el máximo exponente de esta actitud de sometimiento. Cristo se hizo Pobre, aunque pueda resultar aparentemente una contradicción verlo reinar en Vélez en su majestuoso trono de valiente talla y grandes ménsulas doradas.

### ¿POR QUÉ CRISTO ES POBRE?

● Por qué esta advocación? ¿Por qué Cristo es Pobre? Dios ha querido arreglar este mundo tan injusto, lleno de desigualdades, por el camino de la pobreza voluntaria de su Hijo, que siendo rico se ha hecho pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza [2Co 8,9]. Es más, la realeza de Cristo emerge con todo su significado más genuino en el Gólgota, cuando el Inocente clavado en la cruz, pobre, desnudo y privado de todo, encarna y revela la plenitud del amor de Dios. Él, en su grandeza, también se abandona por completo al Padre, lo que expresa su pobreza total, a la vez que hace evidente el poder de este Amor. Cristo se ha vaciado completamente de sí mismo por amor al hombre, se ha despojado de su condición divina... hasta someterse incluso a la muerte de cruz [Flp 2,6-8].

Insisto: el Señor, siéndolo todo, se ha hecho nada para darnoslo todo a nosotros, que no somos nada. ¿Veis qué aparente paradoja?

En Navidad lo podemos ver más claro que nunca y profundizar en el misterio. En cómo seguimos sin querer complicarnos la vida cuando el Señor nos pide morada en la posada de nuestro corazón y tuvo que nacer en un pesebre, entre animales,



envuelto en pañales. Pensad en que no le volveremos a ver igual hasta su muerte en el Calvario, amortajado en su traslado al sepulcro.

En la Candelaria, fue presentado en el Templo junto con dos pichones, la ofrenda de quienes no podían permitirse pagar un cordero (cf. Lc 2,24; Lv 5,7); creció en un hogar de sencillos artesanos y trabajó con sus manos para ganarse el pan. Cuando comenzó a anunciar el Reino, lo seguían multitud de desposeídos, y así manifestó lo que Él mismo dijo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres” (Lc 4,18). A los que estaban cargados de dolor, agobiados de pobreza, les aseguró que Dios los tenía en el centro de su corazón: “¡Felices vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece!” (Lc 6,20); con ellos se identificó: “Tuve hambre y me disteis de comer”, y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo (cf. Mt. 25, 35).

¿Qué es, entonces, esa pobreza con la que Jesús el Nazareno nos libera y nos enriquece? Es precisamente su modo de amarnos, de estar cerca de nosotros. Lo que nos da verdadera libertad, verdadera salvación y verdadera felicidad es su amor lleno de compasión, de ternura, que quiere compartir con nosotros. El Señor que se abaja para estar con los hombres. El Cristo que se hace Cautivo y se deja apresar, que permite que le aten las manos, le flagelen y le coronen de espinas. El Señor que carga con su cruz que son las nuestras, y va camino de la muerte con paso firme por Canalejas cada vez que es Jueves Santo.

¡Cofrade, mírale con los ojos de tu alma! La pobreza de Cristo que nos enriquece consiste en el hecho que se hizo carne, cargó con nuestras debilidades y nuestros pecados, comunicándonos la misericordia infinita de Dios. La pobreza de nuestro Cristo es la mayor riqueza: la riqueza de Jesús es su confianza ilimitada en Dios Padre, es encomendarse a Él en todo momento, buscando siempre y solamente su voluntad y su gloria. Es rico como lo es un niño que se siente amado por sus padres y los ama, sin dudar ni un instante de su amor y su ternura.

La riqueza de Jesús radica en el hecho de ser el Hijo, su relación única con el Padre es la prerrogativa soberana de este Mesías pobre. Cuando Jesús nos invita

a tomar su "yugo llevadero", nos conmina también a enriquecernos con esta "rica pobreza" y "pobre riqueza" tuyas, a compartir con Él su espíritu filial y fraterno, a convertirnos en hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano Primogénito (cfr. Rom 8, 29).

¡Cofrade, mírale a los ojos, bosqueja sus tibios regueros de sangre, detente en la postura de sus manos, cómo se aferra al madero, revisa su pie adelantado... y dime si tu Cristo no es Pobre en su profusión y exuberancia barroca! ¡Dime si tú no eres rico por ser su humilde devoto! ¡Dime si no sientes que su respiración te acompaña y te musita en silencio! Porque Él está vivo en ti.

## LA COFRADÍA EN LA CALLE

**D**ime cofrade, qué sientes ante su presencia! Me lo tienes que contar. ¡Qué significa revestirte el hábito! ¡Iluminar su camino con la luz encendida de tu fe! ¡Cómo le ves en su trono cuando se pone a caminar! El reloj se para el Jueves Santo. Es el día. Ha llegado el momento. Llevamos dos años esperando y la vida nos debe, como mínimo, una Semana Santa pletórica. Y va a ser esta. Ya veréis.

Ya pasó la oscuridad. Atrás quedó la tiniebla. Vuelven a brillar la luna y las estrellas en el cielo. Tras muchas tribulaciones y penas, después de tanta desconfianza y perplejidad, vuelve en esta Cuaresma el tiempo de los buenos propósitos. La luz otra vez es cálida y propicia, como la de los faroles de caramelo que portan los angelitos barrigones que le custodian.

Me toco el capirote con vosotros con el máximo de los respetos. Soy foráneo en esta tierra y por la coincidencia en el trance y la celebración, nunca he vivido vuestra Semana Santa más allá de algunas salidas extraordinarias que procuro nunca perderme. Pero imagino las esquinas, las estrecheces, las curvas interminables y bien dadas. Presiento las vueltas, los encuentros, el paso por Las Carmelitas o la bajada por Las Tiendas.

En mis sueños os veo con la ilusión nunca perdida, os escucho en el quejío de la corneta, os huelo en el estallido anual de los naranjos, os toco en la suavidad del terciopelo que les cubre, y os saboreo en el regusto que siempre deja lo que bien se hace. Pero más allá de los sentidos, también os reconozco franciscanos revestidos de vino y verde, regalando vuestro testimonio, renovando el milagro de que cada Jueves Santo, el Pobre bendiga a su pueblo.

¡Qué misterio! Cristo separa la mano del madero y en una coreografía mística, dibuja en el aire el signo de nuestra Redención en horizontal y en vertical. En el movimiento de estos encajes de su manga, de esos flecos de oro que lo visten, en la plaza de Capuchinos en el ocaso de la estación, se resume la Semana Santa. Con compleja sencillez, con natural dificultad: Summum cofrade. Y el tiempo se detiene. “¡Qué bien se está aquí, mi Señor!” Glorioso por siempre. Tu mano nos guía y tu amor nos protege. Es un soplo de fe reverdecida cada año en la noche del Jueves Santo.

En realidad, nunca os fuisteis. Y en la distancia, en este templo, cuando más falta hacía, también se repitió el gesto que tanto consuelo nos dio y que tanto nos inspiró, en pleno confinamiento. Y nosotros lo vimos en familia, a 40 kilómetros, desde casa, y nos sentimos más vosotros que nunca.

Pero ahora hay que recuperar el vigor y el aliento y volver a conquistar el espacio público y hacerlo cofrade. Y con paso firme y verdadero, lento y cadencioso, recorrer nuestras calles recreando esa amarga subida al Calvario de un hombre dispuesto a agonizar en la cruz. Su trono es mucho más que un altar de madera dorado que sirve de pedestal a su dramática estampa. Sobre él va Dios, el mismo Dios hecho hombre y que camina ante nosotros en una imagen que ya han visto antiguos y nuevos veleños. Es Dios, en madera divina, el que se asoma por calle Cristo en su salida y se derrama en dulce atardecer. O acaso no es Dios esculpido el que se aleja por la plaza de la Constitución arrastrando su carga. Decidme si no es Dios mismo quien va contando los pasos en alegre letanía por los vericuetos de Capuchinos en su recogida.

Vuelve tu rostro, Nazareno. Que lo veamos más cerca. Arrima tu mano para que sintamos tu piel templada. Que mis labios puedan volver a rozar tus pies heridos.

Sentir la vibración de tu aliento trémulo. Déjanos paliar tu dolor. Porque Vélez te sostiene y no te deja caer, Nazareno. Vélez te siente suyo y no quiere que nada de lo que te pase le sea ajeno. La ciudad, que te dio su medalla, no te abandona, Jesús El Pobre, y se echa a la calle para verte, para venerarte, para orarte, para pedirte, para darte las gracias por tanto bien que le haces. Y te espera en los rincones, y te busca en sus plazas, y te reza en las aceras. Porque aquí eres Majestad, Nazareno. En Vélez reinas, Pobre, y lo harás de generación en generación, para quienes todavía ni siquiera han nacido y hasta para quienes ya han descubierto el largo y misterioso camino que los conduce al cielo y ya gozando de tu presencia, confirman que tenían razón.

### **ERES NUESTRA ESPERANZA**

**C**on los ojos iluminados del corazón miramos a María Santísima de la ESPERANZA. Y la vemos como la más próxima a Jesús. La sentimos Madre nuestra. Con toda el alma. Pero, a pesar de ello, no olvidamos que era una pobre mujer de carne y hueso, porque precisamente ésta es la llave que abre la puerta, para comprender lo que Ella es como signo de Dios.

La elegida entre todas es tan del pueblo, una de tantas, que la gente se escandaliza de que su Hijo pueda ser profeta. La multitud, al oírle, quedaba maravillada y decía: ¿De dónde le viene esto? ¿Qué sabiduría es ésta que le ha sido dada? ¿Y esos milagros hechos por sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María?

De boca de María sólo salen seis frases en todo el Evangelio, como seis son los varales que la pasean por Vélez Málaga, triunfante en la aflicción, cada vez que es Jueves Santo. Pocas palabras para una Reina, desde luego. Discreta sí, pero contundente y soberana en sus afirmaciones y consejos.

¿Cómo es posible entonces, de qué manera, una humilde doncella de Nazaret puede llegar a ser nuestra Reina? La Virgen no es la protagonista de un relato de hadas, qué va, no es la Cenicienta de la Biblia, no es la sirvienta humillada que,

de la noche a la mañana, y antes de que den las doce, es capaz de enamorar al príncipe del cuento... Nada más lejos de la realidad. Pensar así sería como condenarla a estar cautiva en una jaula de oro traicionera.

María tampoco es una especie de monja que tuvo a un hijo por obra y gracia del Espíritu Santo y esto la hizo mucho más monja todavía. María era una mujer-mujer del pueblo-pueblo. La Virgen es grande en sí misma por su modestia, por su docilidad a la elección del Padre, que no fue un capricho, por su valentía al aceptar con fe, a pesar de los pesares y del qué dirán, los designios del Altísimo. La Realeza de María estriba en su divina maternidad y en que, por voluntad de Dios, tuvo parte excelentísima en la obra de nuestra eterna salvación. De ahí tan sublime dignidad.

Y el pueblo, que es sabio, nunca lo olvidemos, y que siempre ha tenido a la Virgen como alguien suyo, muy cercano, “ha venido elevando fervientes oraciones e himnos de alabanza y devoción a la Reina del Cielo, ya en circunstancias de alegría, ya, sobre todo, en tiempos de graves angustias y peligros; y nunca fallaron las esperanzas puestas en la Madre del Rey divino, ni languideció jamás la fe, por la que aprendimos cómo la Virgen María, Madre de Dios, reina con corazón materno en toda la tierra y cómo es coronada de gloria en la celestial bienaventuranza”<sup>6</sup>.

Es la Llena de Gracia, el Poderoso obró maravillas en Ella. Goza del favor de Dios, por eso es la predestinada. Los cofrades andaluces nunca lo hemos dudado y en el Barroco, hasta capaces eran de defender con su sangre, si fuera preciso, la pureza de María.

La joven doncella nazarena asumía convertirse en la Madre del Hijo del Altísimo y, a la vez, aceptaba una espada de dolor que atravesaba su pecho, y que le iba a acompañar a lo largo de toda su existencia. Ella, como sabemos, desde la adoración de los pastores en el portal de Belén, “conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón”. “Como un rayo de sol traspasa un cristal, sin

---

<sup>6</sup> PÍO XII, ‘Fulgens Corona’.

romperlo ni mancharlo”. “El Poderoso ha hecho obras grandes en Ella”. ¡Qué maravilla ESPERANZA!

Miremos a los ojos de María. Cada uno de nosotros, cofrades, ante su majestad. Ella nos conoce mejor que nadie, porque somos sus hijos. Hagamos este ejercicio:

A ti, Señora, te pregunto. ¿Cómo está mi mente? ¿Anda embotada por el agobio de la rutina diaria? ¿Está condicionada por la angustia o por la ansiedad de esta sociedad de las prisas, en ocasiones, autoimpuestas? ¿Se siente fatigada o sufre de estrés emocional o anda trastornada y deprimida por acontecimientos que nos superan? “La vida es como un viaje por la mar: hay días de calma y días de borrasca” pero, como decía Jacinto Benavente, “lo importante es ser un buen capitán de nuestro barco”. Contamos contigo, Virgen de la ESPERANZA, porque sabemos que no nos dejas solos. Porque acudimos a ti cuando tenemos miedo, porque eres valiente, porque cuando dudamos volvemos los ojos a ti, porque eres verdad, porque acudimos a ti cuando la tristeza nos invade y en ti nos sentimos seguros. Ruega por nosotros, ESPERANZA.

Reina de la ESPERANZA. ¿Y nuestro corazón? ¿Está endurecido por el rencor o se deja seducir por la Palabra? ¿Permanece frío o siente el fuego que arde en Cristo? ¿Despierta en cenizas o sigue encendido permanentemente, vivo en llamas, dándonos luz y aportándonosela a los demás? ¿Perdona o condena? ¿Está en paz nuestro corazón o sufre el desprecio de la cruel indiferencia? ESPERANZA Nuestra, haznos vivir como tú en el amor de tu Hijo, para que venga a nosotros su reino. Condúcenos a la fuente de agua viva que de Él brota. Mira nuestra confianza, Madre, y derrama tu dulzura en las heridas que lo quiebran para que sus latidos sean acordes y retumben de amor. Ruega por nosotros, ESPERANZA.

¿Cómo ves nuestra alma, mi Reina? ¿Mantiene las ataduras del pasado? ¿Está sobreexpuesta a la amargura y a la culpa? ¿Se sume en los complejos, se siente sola, cuenta las muescas que le producen las heridas? La decepción nos invita a buscar una vía de escape, a salir pronto de la situación que nos frustra, y la ira nos ciega a menudo y ni siquiera estamos seguros de a dónde vamos. A veces construimos nuestras certezas sobre el humo, que es inconsistente y se evapora con fugacidad. Mi alma quiere estar en paz, quiere estar contigo, Virgen de la

ESPERANZA, siempre disponible, atenta y receptiva, fecunda y plena, Reina de San Francisco, fuerte y poderosa. A ti aferrados en medio de la adversidad de este valle de lágrimas. Ruega por nosotros, ESPERANZA.

Nada se escapa a la verdad de tus ojos purísimos, Santísima Virgen. Por eso te pregunto. ¿Cómo ves mi fe? «¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» ¿Cómo cultivo este don que me ha sido dado? ¿Cómo la hago crecer, cómo puedo profundizar en la devoción? ¿Rezo lo suficiente? ¿Las dudas me atenazan? ¿Me dejo llevar? Bajo tu verde manto protector, Señora que nos precediste en la fe y aceptaste la propuesta del Señor sin vacilar, encuentro refugio y aliento. Eres la guía que marca mi propio camino, ESPERANZA.

¿Y mi caridad? Responde únicamente a la publicidad o es una muestra de compromiso serio y formado. La hago de cara a la galería o por propio convencimiento de mi pertenencia a la Iglesia, con acciones que ayuden a quien realmente lo necesita. Porque sin una labor asistencial eficaz, de nada serviría ningún proyecto cofrade ya que incumpliría con los fundamentales principios que han de regir nuestro compromiso como hermanos. Depositamos a tus pies nuestras intenciones y preocupaciones, también las acciones que sirven para paliar los problemas de nuestros vecinos más vulnerables. ESPERANZA, no nos dejes solos en este auxilio a los más pobres.

¿Y mi ESPERANZA, ESPERANZA? ¿Cómo está mi ESPERANZA? ¿Son simples expectativas? ¿Planes de futuro a corto plazo? ¿Es un sueño? ¿Una ilusión? ¿Un simple propósito? ¿Depende solo de mí, ESPERANZA? Tened ESPERANZA, cofrades, en la fuerza que Ella nos aporta para intentar cambiar las cosas y enfrentarnos a la adversidad sin perder la ilusión cuando nos vienen mal dadas. Sin que los obstáculos nos detengan. Esa ESPERANZA que nos ha mantenido en vilo tantos y tantos meses y que hará que un Jueves Santo más tiemblen los cimientos devocionales de esta ciudad. Seamos positivos cofrades, hay nuevos caminos por recorrer. Y si no los transitamos nosotros, ¿quién creéis que lo va a hacer entonces?

ESPERANZA. ¿Cómo está mi ESPERANZA? ¡Cómo estás, mi ESPERANZA! Si te digo que te quiero, ya lo sabes. Cofrades de esta antigua archicofradía. Años llevamos andando los senderos de la vida de su mano, que podría resultar obvio repetir algo que no es solo una alianza, ni una prueba, sino esos lazos que hacen racimos con las emociones de las personas, esos lazos que anudan las cajas donde guardamos canciones y lágrimas, abrazados, como al paso a dos del ballet, porque, a veces, en el día a día, casi es obligatorio andar de puntillas.

Si te digo que te quiero, ESPERANZA, ya lo sabes. Y por eso pronunciamos tu nombre y nos asoma el entusiasmo y compartimos una mueca de nostalgia cuando nos acordamos de alguno de tus hijos cofrades que tanto también te quería y que ya no está entre nosotros. Un suspiro que regresa a otro tiempo que ya no volverá, porque hay amigos y personas y familia que se marcharon para siempre, pero siguen bajo tu manto verde, de verde ESPERANZA.

ESPERANZA, si te digo que te quiero, ya lo sabes. Porque lo sabes. Y ante nadie podré pronunciar una frase que evoque el mismo momento, la misma situación, y que haya sido interpretada en tantas oportunidades, no porque seamos reiterativos o nos falte la pericia, sino porque en la coreografía mística bajo tu trono, cuando dejamos de ir por este mundo de puntillas y marcamos la medida con los pies firmes en el suelo, aunque creamos que te procesionamos eres Tú la que nos llevas por rincones y vericuetos. Y si no caigo y es porque no me dejas, ESPERANZA.

Si te digo que te quiero, ya lo sabes. Y es un amor tan natural como cuando amanece cada mañana, como cuando el sol se deja ver y penetra por la ventana iluminando toda la casa. Tan alegre como cuando te decimos ¡viva! y te gritamos ¡guapa!

Si te digo que te quiero, ya lo sabes ESPERANZA. Porque también lloramos juntos. Y reímos juntos. Y oramos juntos. Durante tanto y tanto tiempo que es una relación consolidada, compacta, maciza y sólida, como una argamasa de cal y canto, que nada ni nadie sería capaz de destruir ni siquiera con el arma de la traición, de la infidelidad, de la alevosía ni del engaño.



ESPERANZA. Ya sabes que te quiero. Pero no te lo voy a decir. Sería tan cerril como hablar de la humedad del agua, de la blancura de la nieve, de la fragancia del azahar que inunda nuestras plazas, del crepitar del incienso que hace nubes de buen olor cuando avanzas... y tú nunca, nunca, has renunciado a la elegancia.

Ni mucho menos. Todo lo contrario. ESPERANZA. Te queremos y te queremos bella, y por eso queremos mitigar tu pena. Con sumo gusto, con fragilidad extrema, manos con un sentido artístico superior te visten según la tradición más exquisita. Y te arreglan con esmero, de rico terciopelo bordado, de finas blondas que enmarcan tu sollozo, de los más nobles metales repujados... Abrazan con una saya tu cintura, abrigan tu espalda con manto interminable y nimban tu cabeza con la corona más digna de tu perpetua majestad.

Por eso, ESPERANZA, sin cesar, te llamamos Reina en las letanías. Porque, precisamente, alcanzas tu regia condición cuando el mismo Dios, sin dejar de serlo, se revistió de la naturaleza humana en tu seno y te transportó, desde el día del “sí quiero”, de la morada terrenal a los Cielos, como Reina del linaje humano.

A través de ti, ESPERANZA, y con Cristo Nazareno, Dios dio a los hombres un Hijo que supera las intrínsecas posibilidades de lo humano.

Cómo quiso Dios, Virgen de la ESPERANZA, guiar la maestría de Sánchez Mesa para que supiera trasladar, a la madera inmortal, ese rostro misterioso. ¿Qué secreto encierra esa mirada? ¡Qué divina la expresión de tu sollozo de niña desconsolada! Una atracción que extasía y desespera, una emoción que embarga y que aprieta, cuando tu aliento recibe. Un escalofrío divino que por la nuca revive. Un susurro cercano de esmeralda, una caricia prolongada, un beso que nunca acaba, una voz que te acuna y que te mece. Aunque solo fuera por eso, ESPERANZA, ser la Reina coronada de Vélez mereces.

Y vienes perfumada por el incienso. Y vienes escoltada por el clavel más clásico y bien puesto de tu pureza. Y vienes en tu trono de mecida cadenciosa pero determinante e irrefutable. E iluminada por una danza asimétrica de pabilos abrasados por el fuego, perfectamente alineados en la vertical absoluta, barniz de

Gloria para un semblante de cuatro lágrimas bañado y que, de reojo, intuye que no estamos en vísperas del final, ni mucho menos.

Que esto no es más que el principio. ESPERANZA. Y que todo ese dolor padecido tendrá una pronta y generosa recompensa. Ya se cuentan casi las horas de que se abran las puertas. Esta es nuestra verdad.

¡Cofrades! Esta es nuestra ESPERANZA.

Muchas gracias.